

Cicerón: entre el arte y la habilidad natural de la retórica

Mauricio BEUCHOT

ABSTRACT. This essay deals with the presence of some hermeneutic and pragmatic elements in Cicero's Rhetoric. The superation of the natural skill of oratory with the art of rhetoric is a hermeneutical realization of the importance of knowing our own culture. Because of that, the great importance of the education of the rhetor. And, in the order of pragmatics, the attention to the particular audience is underlined, a topic of sociopragmatics.

Cicerón trata de conjugar la herencia griega retórica, la que venía de algunos diálogos de Platón y de la sistematización de Aristóteles, con las exigencias prácticas de la república romana. La misma situación de Roma hace que, aun cuando da un lugar muy importante a la filosofía (acorde con su espíritu helenista y sobre todo estoico), coloque a la retórica como el arte de las artes, como la reina del saber.¹ Se ve ahí, en esa constitución de la retórica como sabiduría, el privilegio que Cicerón concede a los asuntos prácticos, dentro de una sociedad en la que las grandes discusiones se llevaban a cabo en el foro, ante los representantes de una república oligárquica y senatorial. El *negotium*, esto es, la negación del ocio, era lo ordinario, el espacio en el que se movían las cuestiones de la *res publica*, de la república o cosa pública. Y, como era en público el debate, y como se tenía determinado público, la

¹ R. Barilli, *Rhetoric*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1989, p. 26.

exigencia pragmática era conocer la manera de llegar y vencer a ese público. De ahí que fuera tan importante el perfil intelectual del orador, las cosas que tenía que conocer, y por ende la formación del mismo, como se verá posteriormente en Quintiliano, quien, en su *Institutio oratoria*, llegará al culmen de esa doctrina. Pues bien, ya que el negocio era lo prioritario, y éste exigía mucha sapiencia práctica, se dejaba para el ocio la decantación o filtración de la experiencia en la teoría, la construcción de la doctrina, y es lo que Cicerón deja para el diálogo *De oratore*.²

Ciertamente sus discursos son piezas clásicas y joyas de la oratoria; ciertamente algunas de sus obras teóricas tienen la grande notoriedad del genio, como el *De inventione*; pero en el campo de la especulación sobre la retórica el *De oratore* se lleva las palmas, además de que tiene un estilo que pocas veces alcanzó el mismo Cicerón. Ciertamente, también, por ser el más legible de los tratados de oratoria tiene ese aire de no ser “especializado”; y eso hace, además, que contenga algunas imprecisiones doctrinales;

pero tienen razón quienes aseguran que todo lo salvan el buen gusto y el interés humano, y señalan como sus mejores lugares la clásica página sobre el concepto de la historia, el saludable consejo de compenetrarse con la emoción que se trata de comunicar, las no desatinadas explicaciones sobre lo gracioso y lo ridículo, la franca condenación de todo cisma entre el bien pensar y el bien decir, el aprecio de la novedad como condición estética, la atención para la cadencia y el número, y el encanto del estilo mismo en que la obra está escrita, acaso no igualado nunca por Cicerón. (...) El *De Oratore* es obra tan saludable que sus preceptos hubieran aprovechado al propio Cicerón.³

Nosotros nos centraremos en el libro primero de dicho diálogo, ya que en él se encuentra la doctrina acerca de la forma-

² Sobre las principales ideas ciceronianas acerca de la enseñanza de la retórica, ver A. Gaos Schmidt, *Cicerón y la elocuencia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993, pp. 41-48 y 142-156.

³ A. Reyes, *La antigua retórica*, en *Obras completas*, t. XIII, México, Fondo de Cultura Económica, 1983 (reimpr.), p. 427.

ción del orador, preocupación muy fuerte entre los *rhetores* romanos. Los personajes que participan son el viejo y venerable augur Quinto Mucio Escévola; su yerno Lucio Craso, un orador famoso; además, otro buen orador y prudente consejero: Antonio, así como dos jóvenes: Publio Sulpicio Rufo y Cayo Aurelio Cota.

Muy al principio del diálogo, Cicerón plantea su tesis, diciendo a su hermano Quinto, a quien dedica la obra:

...a veces en nuestras conversaciones sueles disentir de mí, porque yo establezco que la elocuencia se contiene en las artes de los hombres más eruditos, y tú, en cambio, piensas que hay que separarla de la elegancia de la doctrina y que hay que ponerla en cierto género de ingenio y ejercicio.⁴

Pero se da cuenta de que el orador no puede ser omnisciente; basta con que sepa las cosas indispensables para su discurso; y lo que seguirá siendo propio de él será el buen estilo, que le hará hablar ornada y elegantemente de todo lo que requiera. Así, el orador debe conocer las pasiones humanas, a las que ha de mover con su habilidad y amenidad. También debe conocer la historia, el derecho; inclusive ha de conocer algo del arte escénico, que dirige el movimiento del cuerpo, para usar de él con gravedad y elegancia. Pero juiciosamente señala Cicerón:

Mas no impondré yo una carga tan grande, sobre todo a nuestros oradores, en tanta ocupación de la ciudad y de la vida, como el que piense que nada les es lícito ignorar, aunque la fuerza del orador y la misma profesión del bien hablar parece aceptar y exigir el que hable de cualquier cosa, cualquiera que se proponga, con ornato y abundancia. Pero, ya que no dudo que esto parecerá a muchos inmenso e infinito, porque veo que los mismos griegos, tan abundantes no sólo en ingenio y doctrina, sino también en ocio y estudio, hicieron ya cierta división de las

⁴ M. T. Cicerón, *De oratore ad Quintum fratrem libri tres*, en A. S. Wilkins (ed.), *M. Tullii Ciceronis Rhetorica, t. I, Libros de oratore tres continens*, Oxford, Clarendon Press, 1961 (reimpr.), I, ii, 5.

artes, y no han trabajado todos en todo género, sino que separaron de las demás dicciones la parte del hablar que versa sobre controversias forenses de los juicios o de las deliberaciones, y ese único género lo dejaron al orador; no abarcaré en estos libros más de lo que, habiendo preguntado y disputado mucho y por el casi total consenso de los más grandes hombres, se ha atribuido a este género...⁵

Vemos, pues, que Cicerón acepta la oratoria como necesitada de la filosofía, que tiene como finalidad propia la elocuencia, y toma prestados de todas las disciplinas los conocimientos que le son necesarios para desarrollar una causa en el foro. Y se va a fijar en varones ejemplares que le servirán de paradigmas para imitar y cuya experiencia será tomada en cuenta como la mejor de las reglas de la preceptiva oratoria. Toma como principal ejemplo a Lucio Craso, que es el que representará al propio Cicerón, así como Platón ponía sus pensamientos en boca de Sócrates en sus diálogos. Lo enfrenta a Mucio Escévola, a quien le parece que son mejores la habilidad y el ingenio que la acumulación de conocimientos. A él le opone el que por mucho ornato, agudeza y gracia que tenga el orador, si no sabe lo indispensable de las cosas que aborda, no las podrá llevar a sus oyentes. Las cosas particulares se dejarán al estudio de los especialistas, sean éstos gramáticos, matemáticos o filósofos, ya físicos, ya moralistas o de otra índole; pero el orador tomará prestado de ellos lo que le baste para desempeñarse. Sobre esto, dice Craso,

clamarán, creo, todos los gimnasios y todas las escuelas de los filósofos, que todas estas cosas son suyas propias, y que nada completamente pertenece al orador; a quienes yo, como les conceda que disertan de estas cosas en los rincones para gastar el ocio, sin embargo atribuiré y concederé al orador que él explica con toda jocundia y gravedad las mismas cosas de las que ellos disputan con tenue y exangüe discurso.⁶

⁵ *Ibid.*, I, vi, 21.

⁶ *Ibid.*, I, xiii, 56.

No se ve, pues, en Cicerón la tentación de hacer a la retórica una ciencia universal y un método que esté por encima de la filosofía; sólo alega que es superior a la filosofía y a las demás artes no en los contenidos que alcanza, sino en la manera de exponerlos. Respetando esa división de las ciencias que ha recordado de los griegos, reconoce que son distintas e independientes de la retórica:

Pues nunca negaré que hay algunas [artes] propias de aquellos que han puesto todo su estudio en conocerlas y tratarlas, pero sólo es orador pleno y perfecto el que pueda hablar de todas las cosas con abundancia y variedad.⁷

El orador necesita conocer el derecho para tratar con el pueblo acerca de las leyes que le convienen; requiere saber del arte militar y de la geografía para defender a un general y mencionar sus campañas; le es preciso conocer la filosofía, para hablar del bien y del mal, y para estar familiarizado con las pasiones que debe mover. Y así con todas las demás cosas. En resumen, el orador ha de servirse de todas las ciencias, en lo que le haga falta, y lo que ha de poner como de su profesión propia es la invención del discurso (“con prudencia, orden, elegancia, memoria y cierta dignidad de acción”), para que resulte persuasivo.

En cuanto a la filosofía, el propio Cicerón dice, por boca de Craso:

ya que la filosofía está distribuida en tres partes, en la obscuridad de la naturaleza, en la sutileza del discurrir, en la vida y las costumbres, dejemos aquellas dos y promovamos nuestra pesadez; pero la tercera, que siempre perteneció al orador, si no la retenemos, nada le dejaremos al orador en que pueda ser grande.⁸

Con ello da a entender que no relega la lógica ni la física-metafísica, y mucho menos la ética. Dado el carácter práctico

⁷ *Ibid.*, I, xiii, 59.

⁸ *Ibid.*, I, xv, 68.

de Cicerón como pensador romano en función de la oratoria, lo más propio que le puede dar la filosofía es el campo de la moral. Ya Aristóteles había señalado que ese campo, de la ética y la política, es donde hay menos evidencia, y, por lo mismo, más discusión, y que por ende es el lugar más propicio para la retórica. Sin embargo, el romano concluye:

me parece que nadie debe ser contado en el número de los oradores si no está bien pulido en todas esas artes que son dignas de un hombre libre; que, aun si no las usamos en el discurso, se muestra y resulta patente si somos ignorantes en ellas o las hemos aprendido.⁹

Hay continuamente cierta polémica acerca de la relación de la retórica con la filosofía, pues Antonio cita al filósofo griego Cármadas, quien decía que la retórica tiene que tomar todas sus cosas de la filosofía, y Craso insiste en que saber mucha filosofía no ayuda en nada al rétor si no tiene facilidad de palabra. (Inclusive pone como ejemplo a Sócrates, de quien supone que se le condenó, siendo inocente, por no haber sabido defenderse con elocuencia y haber preferido la dialéctica sola.) Antonio dice que

en el orador hay que requerir la agudeza de los dialécticos, las sentencias de los filósofos, casi las palabras de los poetas, la memoria de los jurisconsultos, la voz de los trágicos y el gesto aproximado al de los mejores actores.¹⁰

Pero también intermedia es la solución que se da al problema de la relación entre retórica y filosofía. El orador no necesita saber las artes como cada uno de los especialistas en ellas, sino para darles una presentación elegante. Así, la filosofía y las demás ciencias no se confunden con la retórica, sino que ésta viene a quedar sólo en una especie de instrumento para darles elocuencia, como una especie de *órganon* de la

⁹ *Ibid.*, I, xvi, 72.

¹⁰ *Ibid.*, I, xxviii, 128.

persuasión y el convencimiento. En uno de los diálogos, Antonio llega a sentenciar:

sólo digo que una cosa es aquélla [la filosofía] y otra ésta [la elocuencia], y que ésta puede ser lo máximo sin aquélla.¹¹

También ocupa un lugar importante la discusión, heredada de los griegos, de si hay un arte retórica y se puede aprender, o si todo depende de la naturaleza y talento con que se nace. Naturaleza y arte, es decir, el problema platónico de si la virtud puede aprenderse, y el problema aristotélico de la adquisición de la misma, se conjuntan en la preocupación ciceroniana de si hay un arte retórica o si todo debe confiarse al buen natural del orador. Adopta una postura intermedia, pues Craso dice que lo básico es tener buena disposición para la elocuencia, pero no niega que el estudio pueda ayudar a adquirir o a mejorar esa disposición natural. Las palabras de Craso son las siguientes:

... si el arte se define, como hace poco lo expuso Antonio, de acuerdo a cosas bien captadas, claramente conocidas, independientes del arbitrio de la opinión y comprendidas por la ciencia, no me parece que haya arte oratoria alguna; pues todos los géneros de este nuestro discurso forense son muy variados y acomodados al sentir vulgar y popular. Pero si [lo definimos] como aquellas cosas que han sido observadas en el uso y en el trato del hablar, advertidas y notadas por hombres discretos y expertos, definidas en palabras, clasificadas en géneros, divididas en partes —lo cual veo que pudo ser hecho—, no entiendo por qué no parezca ser un arte la oratoria, aunque en esa definición menos sutil y en esta opinión vulgar. Pero ya sea arte o alguna semejanza de arte, ciertamente no debe ser postergada; aunque deba entenderse que hay otras cosas más altas para conseguir la elocuencia.¹²

Craso acepta, pues, que de alguna manera hay un arte de la retórica, pero que aprenderlo no basta. Recuerda lo que de ese

¹¹ *Ibid.*, I, liv, 233.

¹² *Ibid.*, I, xxiii, 108.

arte aprendió de joven, y hace un memorable resumen de toda la retórica romana en una página inmortal, que vale muy bien la pena ser reproducida:

No negaré –dice– que en un principio, lo cual es digno del hombre bien nacido y liberalmente educado, aprendí esos preceptos comunes a todos y trillados: primero, que el oficio del orador es decir de manera acomodada para persuadir; después, que todo discurso es o cuestión de cosa infinita sin designación de personas ni tiempos, o de cosa colocada en ciertas personas y tiempos; pero, respecto de ambas cosas, en todo lo que venga a la controversia, acostumar preguntar si ha sido hecha, o, si fue hecha, de qué modo es o también con qué nombre se llama, o, lo cual añaden algunos, si parece hecha correctamente o no; mas también que existen controversias sobre la interpretación de un escrito, en el cual o se escribió algo ambiguo o contrariamente o de manera que la escritura disienta de la sentencia; y que para todas estas partes ciertos sujetos son los argumentos propios. Pero que de las causas que están separadas de la cuestión común, en parte versan sobre los juicios, en parte sobre las deliberaciones; y que hay un tercer género, que se coloca en alabar y en vituperar a los hombres; y que hay ciertos lugares, que usaremos en los juicios, en los que se buscará la equidad; otros en las deliberaciones, todas las cuales se dirigirán a la utilidad de aquellos a los que demos consejo; y otros, además, en las alabanzas, en que todo se refiere a la dignidad de las personas; y ya que toda la fuerza y facultad del orador está dividida en cinco partes, primero debe encontrar lo que ha de decir; después, disponer y componer lo inventado no sólo con orden, sino también con cierto momento y juicio; en seguida, vestirlo y adornarlo en el discurso; después, guardarlo en la memoria; y, finalmente, actuarlo con dignidad y gracia. También supe y recibí que, antes de hablar del asunto, en el comienzo se deben conciliar los ánimos de los oyentes; luego demostrar la cosa; después establecer la controversia; en seguida confirmar lo que intentamos; después rechazar lo que se diga en contra; y, al final del discurso, hay que amplificar y aumentar todo lo que nos ayuda, y debilitar y resquebrajar lo que ayude a los adversarios. Escuché también lo que enseñan sobre el ornato del discurso mismo, en lo que se manda, primero, que se hable en latín castizo; en seguida, que clara y brillantemente; además, que con ornato; después, que aptamente

según la dignidad de la cosa y como con decoro; y supe los preceptos de cada cosa. También vi que las cosas que eran más propias de la naturaleza se adjudicaban, sin embargo, a esta arte; pues sobre la acción y la memoria gusté ciertos preceptos breves, pero grandes con el ejercicio.¹³

Pero insiste en que todos esos preceptos han salido de la observación de la naturaleza, con la que se entra al plano del artificio, aunque haya surgido, como toda ciencia, de la práctica de los oradores que han tenido esos dones naturales. Y que lo mejor para desarrollarlos no es tanto el estudio cuanto el ejercicio y la imitación de los buenos oradores.

Más importante para la retórica que la filosofía se considera al derecho, pues la práctica más frecuente es la del foro. Se dedica largo espacio a dar ejemplos de ello. También es importante que aprenda a conocer con claridad la naturaleza de la cuestión que trata y las peculiaridades de los auditorios, para saber a quién se dirige y qué estrategias deberá usar.

La lección que nos deja Cicerón es que, más allá del arte y del aprendizaje de reglas, está la formación de la virtud, aprovechando el propio talento natural y acrecentándolo con el ejercicio.¹⁴

Cicerón tuvo sobre todo la influencia filosófica del estoicismo (tuvo como primer maestro al gramático Elio Estilón, de pensamiento estoico)¹⁵ y de la Nueva Academia, de corte escéptico (fue discípulo de Filón de Larisa, que había ido a

¹³ *Ibid.*, I, xxxi, 137.

¹⁴ Esto corresponde a dos de las cuatro características (la *a* y la *c*) de la retórica ciceroniana asignadas por Barthes: “*a*) el miedo al ‘sistema’; Cicerón debe todo a Aristóteles, pero lo desintelectualiza, quiere impregnar la especulación de ‘buen gusto’, de ‘naturalidad’...; *b*) la nacionalización de la retórica: Cicerón trata de romanizarla (éste es el sentido del *Brutus*); *c*) el pacto mítico del empirismo profesional (Cicerón es un abogado entregado a la vida política) y la apelación a la gran cultura; este pacto está llamado a alcanzar una inmensa fortuna: la cultura se transforma en decorado de la política; y *d*) la exaltación del estilo: la retórica ciceroniana anuncia un desarrollo de la *elocutio*” (R. Barthes, *Investigaciones retóricas. I: La antigua retórica*, Barcelona, Eds. Buenos Aires, 1982, pp. 19-20).

¹⁵ Ver A. Levi, *Historia de la filosofía romana*, Buenos Aires, Eudeba, 1969, p. 75.

Roma).¹⁶ Además estuvo en contacto con los epicúreos Fedro y Zenón; pero, en general, se opone a los epicúreos romanos. Concretamente, el *De oratore*, en el que vimos que exige un buen conocimiento de la filosofía,

trae doctrinas neoacadémicas y estoicas, en especial de Panecio y Posidonio, pero elaboradas de manera personal. Por su forma y su contenido, esta obra revela influjos platónicos.¹⁷

Mas, a pesar de que Cicerón hizo profesión de ser académico nuevo, fue el que más sirvió de transmisor de las doctrinas estoicas a los romanos de su época, dado su gran conocimiento de las mismas.¹⁸ Cicerón atribuye, pues, notable importancia a la filosofía en la formación del orador, para que con sus conceptos generales ésta le ayude a hablar de las causas particulares, y, sobre todo, privilegia a la ética, que tendrá por cometido hacerle conocer las costumbres morales de sus oyentes.

¿Qué enseñanza nos da, entonces, la retórica de Cicerón para la hermenéutica y la pragmática? Tal enseñanza se centra en las nociones mismas de texto y de contexto, y tiene por lo menos dos vertientes o polos. Por lo pronto, su insistencia en el conocimiento de la filosofía nos habla de que concibe el discurso o pieza oratoria como un texto que debe insertarse en el contexto de una cultura, y sabemos que el principal recipiente de una cultura es su filosofía. Esto nos enseña a apreciar la necesidad del contexto filosófico-cultural, sobre todo para el emisor del texto, a saber, el orador mismo, de modo que sepa utilizar esa filosofía dispersa en la cultura ambiente con una terminología que se adapte al oyente. Asimismo, en segundo lugar, encontramos allí reflejada la preocupación por adecuarse al tipo de oyente, al auditorio, cosa que ya se había

¹⁶ Ver *ibid.*, pp. 75 y 79.

¹⁷ *Ibid.*, p. 80.

¹⁸ Ver R. M. Wenley, *El estoicismo y su influencia*, Buenos Aires, Ed. Nova, 1948, pp. 36 y 42.

iniciado en la psicagogía de Aristóteles, pero que cobrará la máxima importancia en tiempos recientes con Perelman.

Marco Tulio Cicerón nos ha mostrado, pues, la necesidad de dar al orador una aceptable formación filosófica y en otros saberes; es decir, él tiene que estar bien impregnado de la cultura de su sociedad, porque sólo así podrán entenderle. Aun cuando posea el don natural de la elocuencia, el estudio de la técnica retórica lo hará progresar, y el estudio de las demás ciencias le brindará los contenidos de su elocución. Igualmente, vemos en Cicerón un cuidado muy especial con la “romanización” de la oratoria, es decir, tomar en cuenta que los destinatarios del texto retórico son individuos de una sociedad determinada, con ciertos patrones sociales de conducta. Hermenéuticamente, encontramos en ello el señalamiento del contexto cultural, sobre todo el filosófico moral y el jurídico del discurso y, desde el punto de vista de la pragmática, vemos el llamado de atención hacia la sociopragmática.

